

Cuando los suburbios dejaron de ser periferia. La lucha por el control de la calle en el Madrid de los años 1930

Carlos HERNÁNDEZ QUERO
Universidad Complutense de Madrid

Luis DE LA CRUZ SALANOVA
Universidad Carlos III de Madrid

Una célebre fotografía del 2 de febrero de 1936 muestra a José Antonio Primo de Rivera, Julio Ruiz de Alda, Manuel Mateo y otros camaradas en la calle de Bravo Murillo de Madrid. Los falangistas caminaban con paso firme rumbo al cine Europa, donde minutos después tendría lugar un importante mitin de propaganda electoral. En la instantánea se puede observar a algunos de los miembros de la comitiva con la mano en la pechera, gesto que con frecuencia se ha interpretado como una actitud, entre intimidatoria y defensiva, de prevención ante un ambiente que les era hostil. El ademán de buscar el tacto de la pistola dentro del gabán no resultaba descabellado. Los falangistas estaban cruzando en ese momento los Cuatro Caminos, uno de los grandes barrios obreros de la ciudad, vivero de la izquierda radical y terreno apetecido por las fuerzas políticas más movilizadas.

La geografía urbana de los actos de Falange había pasado hasta 1936 por el centro de la ciudad. Al mitin fundacional del teatro de la Comedia de 1933 le siguieron otros en los cines Madrid, Bilbao, Novedades, Rialto o Progreso, ubicados todos ellos en el entorno de la Gran Vía y la Puerta del Sol. También allí estuvieron algunos de los lugares que configuraban el Madrid de los jóvenes fascistas, desde la sede del partido, emplazada en la Cuesta de Santo Domingo, a las redacciones de sus principales publicaciones, pasando por un puñado de selectos cafés y restaurantes como el *Or-kon-pon*, donde la *corte literaria* de José Antonio compuso los versos del *Cara al Sol*¹. En febrero de 1936, en cambio, la mirada de los falangistas se posó sobre los suburbios. Las negociaciones para integrar a Falange en la gran candidatura contrarrevolucionaria fracasaron. El país se encaminaba a un choque electoral entre dos bloques, lo que dejaba escaso margen de maniobra a un partido minoritario como el que acaudillaba Primo de Rivera. Si los *camisas azules* querían representar una tercera vía entre el Frente Popular y la derecha tradicional debían actuar con cierta audacia. Tal vez por ello, los falangistas se decidieron a romper el cerco imaginario que separaba la ciudad respetable y ordenada, donde obtenían sus mejores resultados las fuerzas conservadoras, de la ciudad obrera e insumisa que era bastión del sindicalismo de clase. Para el primer domingo de campaña, los falangistas planificaron dos mítines: el primero en el cine Padilla, ubicado en la calle del mismo nombre; el segundo, en el Europa. La puesta en escena incluía el traslado de José Antonio y su séquito de un cine a otro o, lo que era lo mismo, del burgués barrio de Salamanca al suburbio proletario de Cuatro Caminos. Aunque anecdótico, el episodio es



Artículo recibido el 7-10-2019 y admitido a publicación el 12-11-2019.

1. Pablo CARBAJOSA y Mónica CARBAJOSA, *La corte literaria de José Antonio*, Barcelona, Crítica, 2003; José Luis JEREZ RIESCO, *El Madrid de la Falange*, Madrid, Actas, 2006.

ilustrativo de la relevancia electoral que Falange concedía a la masa de trabajadores que habitaba la periferia. Mas no se trataba únicamente de una fijación falangista: las grandes barriadas de las afueras eran un impresionante caladero de votos y militantes, y por esa razón partidos y sindicatos pelearon palmo a palmo por seducir o encuadrar a sus moradores.

Unos días después, el 9 de febrero, en pleno ecuador de la campaña, el Frente Popular celebró siete actos simultáneos en distintos cines y teatros de la capital. En cada punto un orador pronunciaba un discurso que era retransmitido en tiempo real al resto de recintos. Así, por ejemplo, Ángel Pestaña habló en Puente de Vallecas, Joaquín Maurín en Ventas, José Díaz en Tetuán de las Victorias y Francisco Largo Caballero en Cuatro Caminos, precisamente en el cine Europa². La distribución de los mítines evidenciaba un protagonismo incuestionable de la periferia. De los siete actos, solo uno tuvo lugar en el Madrid céntrico y señorial que antaño había sido el escenario de cuanto sucedía en política. Además, y de manera significativa, los representantes de las organizaciones con un programa económico más rupturista tomaron la palabra precisamente en Puente de Vallecas, Ventas, Tetuán de las Victorias y Cuatro Caminos, suburbios pobres y ayunos de las más básicas infraestructuras.

Meses más tarde estalló la huelga general de la construcción. Por primera vez, UGT y CNT firmaron un manifiesto en el que se llamaba a todos los obreros madrileños al paro. Las bases de la huelga se debatieron en una reunión conjunta en el ya citado cine Europa y posteriormente fueron ratificadas por más de 60.000 trabajadores en una gran asamblea que tuvo lugar en la nueva plaza de toros de Madrid, en el barrio de Ventas, también en la periferia. Allí tomaron la palabra, entre otros, Cipriano Mera y David Antona, cabecillas del Sindicato Único de la Construcción de la CNT y vecinos de Tetuán de las Victorias y Cuatro Caminos, respectivamente. A lo largo del mes de junio surgieron las primeras grietas en el bloque sindical. La UGT se inclinó por aceptar la mediación que ofrecía el Gobierno y sus asociados votaron en referéndum la vuelta a las obras. Sin embargo, los 15.000 trabajadores que secundaron la consulta eran solamente una porción de los que se encontraban movilizadas en la calle aquellos días. Mera, Antona y los suyos, partidarios de profundizar el conflicto, convocaron una asamblea magna en un solar de la calle de Bravo Murillo, en Cuatro Caminos. Allí, de manera colectiva y tumultuosa, sin censos ni carnés, por aclamación, una multitud entusiasta apostó por seguir adelante con la huelga. La imagen era soberbia: la multitud de los suburbios estaba tomando decisiones que afectaban a los trabajadores y a la economía de toda la ciudad³.

Los casos anteriores son solo un puñado de muestras elocuentes de la importancia política que habían adquirido las afueras. La lista de ejemplos sería interminable. A la altura de los años treinta, el extrarradio era un auténtico hervidero de manifestaciones, sabotajes, asaltos, mítines, huelgas, choques, imprentas clandestinas o casas que ocultaban armamento. Sus merenderos y descampados se convirtieron en el ruedo por excelencia de la agitación política de masas. Cines y teatros como el Europa, el Monumental, el Luminoso o el Metropolitano coparon las primeras páginas de los periódicos y se volvieron nombres conocidos por todos los madrileños. En aquel momento resultaba imposible alcanzar la hegemonía en la ciudad sin antes haberlo hecho

2. *La Libertad*, 8-2-1936.

3. Santos JULIÁ, “¿Feudo de la UGT o capital confederal? La última huelga de la construcción en el Madrid de la República”, *Historia Contemporánea*, 6 (1991), pp. 207-222; Francisco SÁNCHEZ PÉREZ, “Las huelgas del 36: ¿por qué Madrid?”, *Bulletin d'histoire contemporaine de l'Espagne*, 48 (2013), pp. 27-42.

en las calles de los suburbios. Aunque periféricas en un plano físico y material, las barriadas de extrarradio ocupaban un espacio absolutamente central en lo relativo a la lucha política. El fenómeno era común a toda Europa. En los márgenes de las grandes aglomeraciones urbanas florecían formas alternativas de comprender los vínculos sociales, nuevas maneras de vivir en comunidad o modos rupturistas de relacionarse con las autoridades. En barrios como Cuatro Caminos o Tetuán se libraba la batalla por modelar la sociedad del futuro y por esa razón se convirtieron en objeto de deseo de las distintas fuerzas políticas. A pesar de ello, a pesar de la intensa movilización que se vivió en los suburbios antes de la Guerra y de la íntima relación que estos espacios guardaron con algunos de los procesos y acontecimientos políticos más notables de la época, sus nombres apenas aparecen en las investigaciones de historia política y cuando lo hacen no es más que como telón de fondo o decorado⁴.

En términos generales, la historiografía de la II República ha prestado poca atención a la relación entre espacio y política⁵. Los años treinta han sido terreno abonado para el estudio de lenguajes e imaginarios, el análisis de las nuevas organizaciones y formas de acción colectiva o el examen de la violencia y sus repercusiones en el orden público⁶. Ya sea por el interés que despiertan las ideas, los símbolos o los liderazgos, ya por la prioridad que se concede a los textos, los discursos o las fuentes de partido, lo cierto es que en buena parte de las historias políticas de los años treinta el *cómo* y el *dónde* resultan poco relevantes para la narración del *qué*. Parafraseando a Leif Jerram, se podría decir que muchos de los trabajos disponibles discurren a medio camino entre todos los sitios y ninguno, por lo que urge situar a individuos y colectivos en las coordenadas específicas en que sus sueños, temores y antagonismos cobraron cuerpo⁷.

¿Tan diferente sería el análisis de las formas políticas de la época si se concediera mayor importancia al contexto? ¿Hasta qué punto resulta necesaria esa operación? ¿Si la esfera pública estaba tan viva, agitada y nacionalizada, por qué es preciso atender a lo que sucedía en barrios, pueblos y calles? Los años de entreguerras marcaron el punto álgido de la pasión política y de la articulación de intereses alrededor de partidos y sindicatos. También entonces nuevas doctrinas conquistaron el corazón de millones de hombres y mujeres. Sin embargo, ni el peso de las emociones ni la acción de las organizaciones



4. Sandra SOUTO, “¿Y Madrid? ¿Qué hace Madrid?” *Movimiento revolucionario y acción colectiva (1933-1936)*, Madrid, Siglo XXI, 2004; Julián VADILLO, “El anarquismo en el Madrid de la Segunda República. Perfil social, estrategias y tácticas”, *Historia Autónoma*, 10 (2017) (<http://dx.doi.org/10.15366/rha2017.10.007>), pp. 124-142,

5. Distinguimos entre historias políticas geográficamente localizadas, en las que se mantiene una metodología tradicional sobre un ámbito de estudio reducido, e historias en las que política y espacio se condicionan y moldean mutuamente. Estas últimas no han abundado en nuestro país. Cinco ejemplos señeros, aunque cortados por enfoques distintos, son Javier UGARTE, *La nueva Covadonga insurgente. Orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998; Pamela RADCLIFF, *De la movilización a la Guerra Civil. Historia política y social de Gijón (1900-1937)*, Barcelona, Debate, 2004; Chris EALHAM, *La lucha por Barcelona. Clase, cultura y conflicto, 1898-1937*, Madrid, Alianza, 2005; José Luis OYÓN, *La quiebra de la ciudad popular. Espacio urbano, inmigración y anarquismo en la Barcelona de entreguerras, 1914-1936*, Barcelona, Serbal, 2008; Fernando DEL REY, *Paisanos en lucha. Exclusión política y violencia en la Segunda República española*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2008.

6. Buen ejemplo de ello son no solo los títulos publicados últimamente, sino también las mesas temáticas de los congresos especializados. Son elocuentes al respecto los congresos “La Segunda República. Culturas y proyectos políticos” (celebrado en 2016 en la Universitat Autònoma de Barcelona) y “Por una historia política de los años treinta” (celebrado en la Universidad Complutense de Madrid en 2018).

7. Leif JERRAM, *Streetlife. The Untold History of Europe’s Twentieth Century*, Oxford, OUP, 2011, p. 4.

pueden explicarse de manera autónoma. Tampoco los nuevos credos e ideologías surgieron de la nada. Por un lado, las fuerzas políticas hubieron de adaptarse y reinventarse en función de las exigencias, oportunidades y modos de vida de cada entorno. Sus estrategias e idearios se definieron en contacto con unos espacios, unos códigos culturales y unas formas de relación social que constreñían, impulsaban o condicionaban la acción política. Por otro lado, es preciso observar la política a ras de suelo, porque era precisamente en los ámbitos de sociabilidad informal donde las personas del montón tejían su manera de leer el mundo y de actuar en él. Muchos de los anhelos, tácticas, solidaridades o prejuicios que la historiografía ha considerado típicos de cada una de las familias y movimientos políticos resultan difíciles de comprender sin tomar en consideración los ambientes y circunstancias en que fueron acuñados⁸.

Varias son las fuentes de las que podría beber una historia política más contextualizada. Sin pretender caer en exclusivismos, y siendo conscientes de lo porosas y artificiales que son en ocasiones las fronteras entre enfoques y disciplinas, en este artículo se reivindica la potencialidad de la nueva historia urbana para abordar la empresa de la que hablara Leif Jerram⁹. La elección no es casual. En los últimos tiempos numerosos historiadores urbanos han subrayado el rol que barrios, plazas, mercados, tabernas, viviendas o lugares de trabajo tuvieron en la configuración de la identidad política de los sujetos del pasado. El énfasis por retratar la política en su contexto, además, ha permitido rescatar el rostro y las motivaciones de aquellos que participaban en los grandes debates de su tiempo sin ser los líderes más afamados, los intelectuales más refinados o los periodistas más diestros en la creación de mitos, metáforas y símbolos para consumo de masas¹⁰. No se trata, por tanto, únicamente de ubicar los eventos políticos sobre el plano, sino de incardinarlos en el haz de experiencias, sentidos comunes y prácticas cotidianas en que se hicieron inteligibles. Yendo de lo general a lo concreto y aterrizando de lleno en la historiografía urbana sobre el período de entreguerras, distintos autores han mostrado cómo los extrarradios y periferias de las grandes ciudades occidentales se convirtieron en la pista principal de los acontecimientos políticos. En los suburbios de París, Berlín o Los Ángeles se configuró una cultura política propia, con unas necesidades, usos, demandas, rituales y formas de participación distintivas, elementos y particularidades a los que hubieron de plegarse y con los que hubieron de lidiar las distintas corrientes y organizaciones que pugnaron por ganarse el favor de sus vecinos. Elementos y particularidades que, a su vez, terminaron por impregnar al conjunto

70

8. Una exégesis más profunda sobre espacio y culturas políticas en Carlos HERNÁNDEZ QUERO, “El voto de la costumbre. Culturas políticas y crisis urbana en Madrid a comienzos del siglo XX”, *Studia Histórica. Historia Contemporánea*, 35 (2017), pp. 369-403.

9. Dos libros fundamentales para entender las nuevas orientaciones de la historia urbana son Simon GUNN y Robert MORRIS (eds.), *Identities in Space. Contested Terrains in the Western City since 1850*, Aldershot, Ashgate, 2001; Shane EWEN, *What is Urban History*, Aldershot, Ashgate, 2016

10. David GARRIOCH, *The Making of Revolutionary Paris*, Berkeley, UCP, 2002; Mark WILD, *Street Meeting: Multiethnic Neighborhoods in Early Twentieth-Century Los Angeles*, Berkeley, UCP, 2005; Christina PAROLIN, *Radical Spaces. Venues of Popular Politics in London, 1790-c. 1845*, Canberra, ANUE Press, 2010; Maurizio GRIBAUDI, *Paris, ville ouvrière. Une histoire occultée, 1789-1848*, París, Découverte, 2014; Molly LOBERG, *The Struggle for the Streets of Berlin. Politics, Consumption and Urban Space, 1914-1945*, Cambridge, CUP, 2018.

del cuerpo urbano y recompusieron los temas y límites de aquello que hasta entonces se consideraba político¹¹.

En las siguientes páginas nos serviremos de los avances y enseñanzas de esta historia urbana para proyectar luz sobre algunos aspectos no muy conocidos de la movilización radical en la España de la II República. El objeto del artículo es analizar el papel de la periferia madrileña en los grandes procesos de transformación política de los años treinta. Como vía de entrada al asunto utilizaremos dos de los principales suburbios de la capital: Cuatro Caminos y Tetuán de las Victorias, dos enormes barriadas ubicadas al norte de la ciudad y que conformaban en tiempos de la II República un espacio compacto y continuo habitado por más de 100.000 personas¹². En un primer apartado presentaremos algunos de los rasgos que distinguían a sendos suburbios y que nos permiten pensar que eran un mundo aparte en términos espaciales, pero también sociales, culturales y políticos. A continuación, abordaremos dos conflictos que creemos característicos de los suburbios europeos del momento: por una parte, los derivados de la incesante propaganda fascista en un medio que las organizaciones revolucionarias consideraban propio; por otra, los desatados en el seno de la izquierda por el creciente ascendente que los anarquistas comenzaron a disfrutar en el suburbio. Por haber sido abandonados por las autoridades liberales durante décadas, los suburbios ejemplificaban mejor que ningún otro espacio de los treinta el doble asalto antiliberal o postliberal que sufrieron las recién inventadas democracias¹³.

Cuatro Caminos y Tetuán. Una ciudad contestataria crece a las puertas de Madrid

El barrio de Cuatro Caminos había aparecido en la segunda mitad del siglo XIX a orillas de la calle de Bravo Murillo, una antigua carretera que abandonaba la capital por el norte. Se trataba de un terreno de aire rural situado fuera del ensanche que las autoridades habían planificado para absorber el crecimiento demográfico de la ciudad. Se podría decir, por tanto, que en origen el arrabal de Cuatro Caminos era un hijo ilegítimo o no deseado del Madrid moderno y que por ello nunca recibió los servicios y atenciones que sí merecieron otras zonas. Frente a la ciudad de escuadra y cartabón cuidada con mimo por los técnicos municipales, Cuatro Caminos presentaba un diseño irregular y su desarrollo jamás estuvo bajo control de ingenieros, arquitectos o gobernantes. De hecho, miles de inmigrantes y pequeños ahorradores del interior de la ciudad vieron en Cuatro Caminos la solución a los dos principales problemas de la puesta en marcha del ensanche: la lentitud en la edificación, con unos plazos que jamás se cumplían, y el elevadísimo precio del suelo, inaccesible para las familias modestas, que entonces eran la amplia mayoría. Con los años, y como consecuencia de estas poderosas lógicas de poblamiento, el arrabal se convirtió en un suburbio obrero de calles enmarañadas, trazadas en muchos



11. Annie FOURCAUT, *Bobigny, banlieue rouge*, París, Les Editions Ouvrieres, 1986; Tyler STOVALL, *The Rise of the Paris Red Belt*, Berkeley, UCP, 1990; Pamela SWETT, *Neighbors and Enemies. The Culture of Radicalism in Berlin, 1929-1933*, Nueva York, CUP, 2004; Becky M. NICOLAIDES, "The neighbourhood politics of class in a working-class suburb of Los Angeles, 1920-1940", *Journal of Urban History*, 30 (2004) (<https://doi.org/10.1177/0096144203262816>), pp. 428-451.

12. ARCHIVO DE VILLA DE MADRID [AVM], Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de Madrid de 1935 y Padrón Municipal de Habitantes de Chamartín de la Rosa de 1935. A lo largo del texto se utiliza el genérico "Cuatro Caminos" para hacer referencia a las barriadas administrativas de Cuatro Caminos y Bellas Vistas, pues con dicho nombre es con el que eran conocidas ambas demarcaciones.

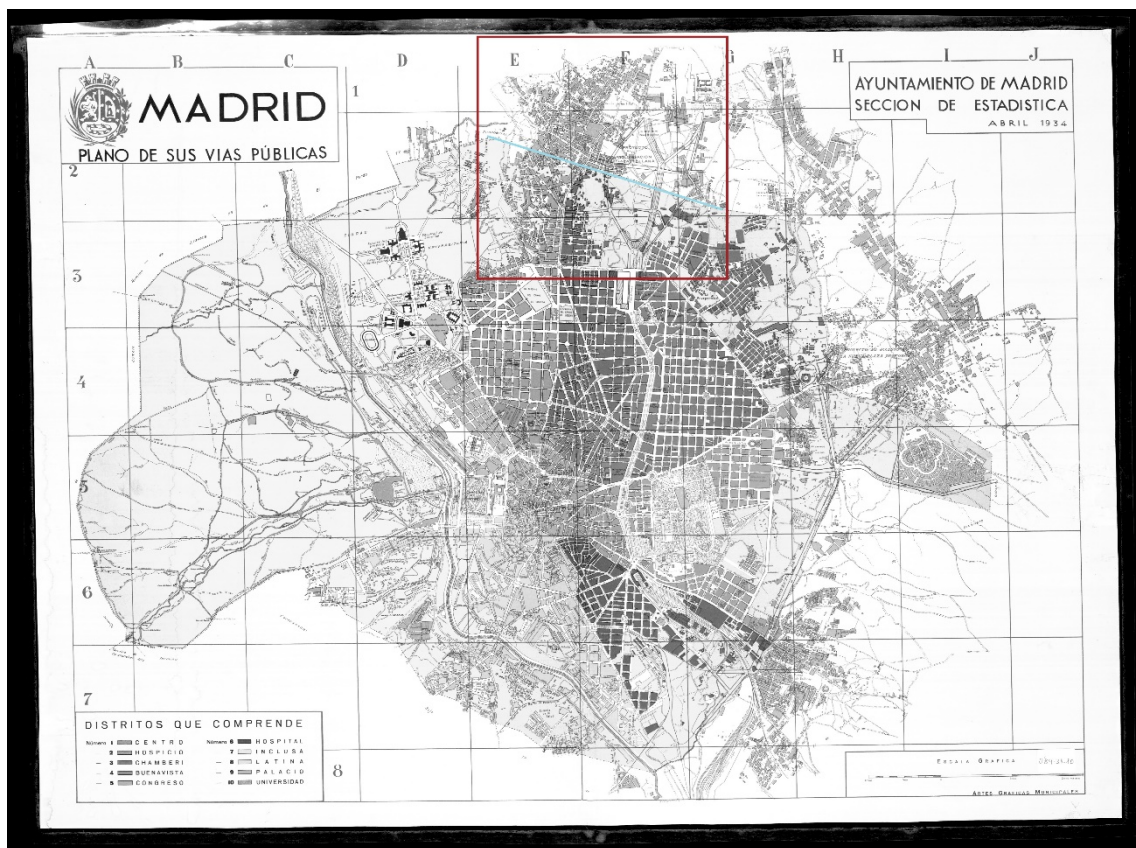
13. Mark MAZOWER, *La Europa Negra*, Valencia, Barlin, 2017.

casos por los vecinos y casas bajas levantadas también en ocasiones por sus propios inquilinos.

Unos kilómetros más al norte había surgido en los mismos años la barriada de Tetuán de las Victorias. Su nacimiento tampoco contó con la bendición de las autoridades. Igual que sucediera con Cuatro Caminos, las calles y viviendas de Tetuán, también humildes y destartaladas, fueron refugio de jornaleros, vendedoras ambulantes, traperos y artesanos empobrecidos. En el cambio de siglo la distancia entre ambos núcleos de urbanización informal era de dos kilómetros. Poco tiempo después, sendos suburbios terminaron encontrándose y fundiéndose en una misma realidad física y social, una gran ciudad proletaria que, sin embargo, se encontraba escindida en distintas unidades administrativas. La zona de Cuatro Caminos pertenecía a Madrid, mientras que la de Tetuán de las Victorias, más al norte, dependía oficialmente de Chamartín de la Rosa, un viejo municipio de resabios aristocráticos y abolengo religioso. Aunque observadas con lupa podríamos encontrar diferencias en el transcurrir político de ambas áreas, las más obvias las relacionadas con la política municipal, podemos asumir que se trataba de un mismo escenario, pues ambos núcleos compartían un alto grado de homogeneidad socioeconómica, una tipología urbana similar, cosida al eje de la calle Bravo Murillo y una misma fama como espacios de desorden y contestación social.

Imagen 1. Situación de los suburbios en el Madrid de los años 1930

72



Fuente: Ayuntamiento de Madrid, *Madrid. Plano de sus vías públicas*, 1934. En el recuadro aparecen los suburbios de Cuatro Caminos y Tetuán de las Victorias. La línea azul marca el límite administrativo de Madrid: al sur de la misma, Cuatro Caminos; al norte, Tetuán de las Victorias.

La formación de la ciudad proletaria en los márgenes de la capital del Estado tuvo lugar, en gran medida, por el empuje de sus propios habitantes¹⁴. Primero, por la ausencia de un proyecto de urbanización. Segundo, por la incapacidad de las elites para encauzar o domesticar el fenómeno cuando ya era irreversible: uno tras otro, los distintos planes de ordenación de la periferia chocaron con unas dinámicas sociales que hacían envejecer cualquier diseño sobre el papel. Los poderes públicos fueron siempre unos pasos por detrás de la población y eso otorgó a la gente corriente un protagonismo inusual en la construcción de su entorno. Ya hemos señalado que con frecuencia los vecinos fueron los encargados de dar forma al paisaje material del suburbio al diseñar la trama viaria y erigir muchas de sus viviendas. Pero su iniciativa no se detuvo ahí. El desarrollo urbano *desde abajo* se produjo también a través de un repertorio plural con claras resonancias políticas. Durante décadas los don nadie de la periferia aprendieron a reclamar sus derechos a través de comisiones, asociaciones, recogidas de firmas y un amplísimo muestrario de cartas de queja que los vecinos enviaban a periodistas o dirigentes con el ánimo de cambiar las cosas. Cuando su voz no era escuchada, los pobladores del suburbio suplían la falta de infraestructuras con suscripciones populares y acciones solidarias de autoorganización de servicios (escuelas, sociedades de baile, cooperativas de vivienda, economatos, extinción de incendios, etc.). Pero no solo eso. En Cuatro Caminos y Tetuán también fueron frecuentes los motines y tumultos contra la frontera fiscal (fielato) que separaba el ensanche del extrarradio, en demanda de agua corriente, contra los comerciantes especuladores, en protesta por la motorización de las vías públicas o contra los policías y los representantes de un poder urbano que precisamente por haberse desentendido de la suerte de aquellas barriadas era sentido como lejano. Los vecinos se sentían dueños de su presente y de su futuro.

El resultado de tamaña efervescencia era una cultura política comunitaria, contrahegemónica, callejera, desregulada y sustancialmente diferente a la existente en otras zonas de la ciudad, una cultura política que no solo se manifestó en asuntos que atañían al barrio y sus moradores, como los ya expuestos, sino también en conflictos de escala urbana y nacional. En 1905, por ejemplo, los obreros de Cuatro Caminos tuvieron en jaque a toda la ciudad con las protestas ocasionadas por un dramático accidente laboral que segó la vida de decenas de trabajadores del Canal de Isabel II. En 1917, las autoridades apenas tardaron un día en controlar la huelga revolucionaria en la capital, mientras que debieron emplearse a fondo y montar un campamento militar en Cuatro Caminos para doblegar, tras varias jornadas de lucha, la resistencia de sus habitantes. Las escenas volverían a repetirse en la huelga revolucionaria de 1934. En la periferia había otro ambiente político. Allí el Madrid liberal y ordenado era más débil que en ningún sitio. Y por ello seguramente, tampoco fuera casualidad que de manera reiterada y sostenida en el tiempo activistas perseguidos por la ley hicieran del extrarradio uno de sus lugares predilectos para huir o esconderse. Mateo Morral y José Nakens estuvieron en Cuatro Caminos tras el frustrado regicidio contra Alfonso XIII. Manuel Pardiñas, el asesino de Canalejas, se alojó también en la barriada para preparar su atentado. Años después, en 1921, los anarquistas catalanes que dispararon contra Dato se refugiaron en Cuatro Caminos huyendo de la policía. En los treinta, el nombre de Tetuán apareció una y otra vez en la prensa como guarida de anarquistas en busca y captura. Lejos de lo que

14. La formación *desde abajo* de los suburbios es objeto de atención de la tesis doctoral de Carlos HERNÁNDEZ QUERO. En estas páginas únicamente se muestra un relato superficial de esa construcción popular de la ciudad y la política proletarias. Los materiales que informan estos párrafos son sumamente heterogéneos e incluyen noticias de prensa, peticiones vecinales, resultados electorales, documentación municipal, sumarios judiciales y fuentes policiales.



una primera lectura pudiera sugerir, no se trata de afirmar que entre la gente de extrarradio germinara el terrorismo por doquier, sino que el espacio urbano de las afueras, alejado de la planificación y las instituciones de control de la ciudad, suponía un paisaje propicio para el desarrollo de culturas antagonistas y redes de apoyo subterráneas¹⁵.

La impresión de que los barrios de las afueras conformaban un espacio distintivo se mantiene si acudimos a indicadores políticos más clásicos, como los resultados electorales. Desde que en 1905 triunfaran candidaturas obreras por primera vez en los comicios municipales, los nombres de Cuatro Caminos y Tetuán quedaron por siempre asociados en el imaginario colectivo como el baluarte de un Madrid rebelde y antagonista. Durante la crisis de la Restauración, los votantes del suburbio dieron una y otra vez la espalda a los partidos del turno. En 1917, por ejemplo, las papeletas recabadas en los colegios de las afueras resultaron determinantes para el aplastante éxito cosechado por Andrés Saborit y Julián Besteiro, por aquel entonces presos en el penal de Cartagena por su participación en la huelga revolucionaria de aquel verano. Los vecinos de Cuatro Caminos se habían batido cuerpo a cuerpo con las tropas de infantería y caballería durante cinco largo días en agosto y acudieron en masa a votar por sus presos cuando fueron llamados a las urnas pocos meses después¹⁶. Los años de Dictadura no frenaron ni domesticaron el capital revolucionario labrado en la ciudad obrera. En abril de 1931, los habitantes de Tetuán escogieron un Ayuntamiento volcado a la izquierda y encabezado por Manuel Horcajada Castellanos, uno de los primeros alcaldes socialistas de la provincia y antiguo maestro de la Casa del Pueblo de la barriada¹⁷. Las siguientes citas con las urnas vinieron a confirmar el aliento del Madrid proletario. En 1933, cuando las izquierdas retrocedían en todas partes, en Tetuán los socialistas sumaban 6.813 votos, por 2.032 de los radicales, 993 de los comunistas y tan solo 2.172 de Acción Popular. El grado de apoyo recibido por los comunistas era tremendamente significativo. Mientras que en Madrid ciudad apenas superaban el 3% de los sufragios emitidos, en bastantes colegios electorales de Tetuán sus papeletas alcanzaban y sobrepasaban el umbral del 10%. Incluso en algunas secciones el Partido Comunista fue la segunda fuerza más votada, por detrás de los socialistas, pero por encima de las derechas y las distintas listas republicanas¹⁸. Lo que se podía ver en Tetuán era, en cambio, una quimera en el conjunto de la capital. En febrero de 1936, con las organizaciones políticas agrupadas en dos candidaturas, el Frente Popular alcanzó 12.397 votos, por apenas 2.847 de las derechas¹⁹.

A la altura de los años treinta, Madrid y sus barrios aledaños conformaban una gran conurbación que superaba holgadamente el millón de habitantes. En un área metropolitana de tales dimensiones, los antiguos conceptos que habían ordenado la

15. Luis DE LA CRUZ SALANOVA, "La periferia urbana madrileña: algo más que un ámbito subsidiario de la ciudad. Reconstruyendo su identidad (1868-1917)", en Sandra BLASCO, Carlos ADÁN y Alfonso BERMÚDEZ (eds.), *Identidades en transición*, Zaragoza, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Zaragoza, 2019, pp. 536-572.

16. *Boletín Oficial de la Provincia de Madrid* (BOPM), 14-11-1917.

17. BOPM, 16-4- 1931.

18. *La Libertad*, 21-11-1933 y BOPM, 24-11-1933.

19. *La Libertad*, 18-2-1933.

geografía urbana, como centro y periferia, quedaron cada vez más difuminados²⁰. La lucha política se desenvolvía de manera libre y desvergonzada en cualquier rincón de la ciudad. Mas dentro de ese guirigay de agitación había lugares que llenaban las páginas de sucesos y los pliegos de los juzgados, puntos sensibles donde el conflicto se intensificaba y los ecos de lo que allí sucedía resonaban con fuerza por toda la urbe, ya fuera como una llamada a la acción, ya como un disuasorio toque a rebato. El área suburbana que conformaban Cuatro Caminos y Tetuán de las Victorias era uno de esos puntos donde todo parecía pender de un hilo. Y fue por eso, y también por sus particulares condiciones urbanas, alejada de los núcleos económicamente más desahogados, rodeada de miseria y descampados, abarrotada de parados e inmigrantes, y abandonada durante décadas por las administraciones liberales, por lo que se convirtió en objeto de atención prioritaria para las distintas fuerzas que pretendían capitanear la revolución, fuese esta del signo que fuera. Falangistas, libertarios, comunistas y socialistas se lanzaron en Cuatro Caminos y Tetuán a la conquista de las calles como paso previo a la conquista del Estado. Fue una lucha por y a través del espacio que veremos a partir de dos casos de estudio.

Un espacio en disputa: *camisas azules* en el Madrid rojo

La estampa de Primo de Rivera, Ruiz de Alda y otros miembros de Falange atravesando Cuatro Caminos estaba cargada de simbolismo. Aquella mañana de febrero, asistidos por fuertes medidas de seguridad, los falangistas cumplieron un anhelo que se les resistía desde hacía tiempo: cruzar el barrio de cabo a rabo para espolvorear su mensaje y desplegar sus banderas en el corazón del Madrid proletario. Como si hubieran reservado sus mejores galas para la ocasión, los espectadores que acudieron aquella mañana al cine Europa fueron los primeros en escuchar los versos de un himno que sería familiar para todos los españoles durante décadas: el entonces recién creado *Cara al Sol*. El canto de sus estrofas en el mismo lugar donde tantas veces habían perorado socialistas y anarcosindicalistas debió de tener un aroma de indescriptible desquite para aquella primera generación de falangistas que una y otra vez había chocado con las organizaciones de izquierda cuando trataban de vender sus periódicos, repartir sus panfletos o pegar sus carteles en la barriada. Para los jóvenes de camisa azul, durante años la glorieta de Cuatro Caminos había sido una frontera imposible de superar.

Desde que el nacionalsindicalismo tomara cuerpo, bajo distintas fórmulas y organizaciones, en 1931, la propaganda de sus ideas entre los medios obreros se convirtió en la más indisimulada obsesión de un movimiento que no se manejaba mal en los ambientes universitarios, pero que ansiaba ensanchar su base con legiones de trabajadores de cuello azul. Emparedados entre las numerosas ofertas de derecha tradicional, los falangistas buscaron desde el principio un respiradero social e ideológico que los salvara de ser una mera fuerza de choque de la reacción. Para lograrlo se fijaron, igual que tantos fascistas europeos, en el gran contingente obrero que rebosaba los entornos de las ciudades. Ya las primeras campañas de Ramiro Ledesma tuvieron como principales destinatarios a los cenetistas en huelga contra Telefónica²¹. Y ya entonces Ledesma dejó su impronta en el líder anarcosindicalista Nicasio Álvarez de Sotomayor, que con el correr

20. Rubén PALLOL TRIGUEROS, Fernando VICENTE ALBARRÁN y Carlos HERNÁNDEZ QUERO, "Metropolitización y transformación del espacio urbano y de los rasgos sociales en Madrid entre 1900 y 1936", en Luis Enrique OTERO CARVAJAL y Rubén PALLOL TRIGUEROS (eds.), *La sociedad urbana en España, 1900-1936*, Madrid, Catarata, 2017, pp. 99-131.

21. *La Conquista del Estado*, mayo y junio 1931.



del tiempo pasaría a engrosar las filas fascistas²². Empleado de Correos y licenciado en Filosofía y Letras, Ramiro Ledesma veía agotadas y desfallecientes las democracias y creía que el mundo del futuro sería el fruto de una batalla postliberal entre fascistas y revolucionarios de izquierda²³. Ni que decir tiene que Ledesma confiaba en nacionalizar para esa batalla a numerosos anarcosindicalistas, comunistas y socialistas como los que habitaban en Cuatro Caminos²⁴. El joven zamorano los conocía bien, pues vivía en *territorio comanche*. Desde que emigró a la capital, siempre había residido en el número 3 de la calle de Santa Juliana, también en el suburbio de Cuatro Caminos, y a escasos metros del coliseo en el que sus ex-camaradas continuaban su obra de seducción de sus antónimos políticos²⁵.

Aquella mañana de febrero, el discurso y la puesta en escena fueron claros: ante la atenta mirada del público, José Antonio Primo de Rivera habló de “desmontar el capitalismo” y denunció que el programa económico de las izquierdas era propio “del más cicatero conservatismo”²⁶. Según sus palabras, solo los falangistas sabían interpretar los sueños de transformación social de los trabajadores. Para atestiguarlo, le acompañaba en el estrado uno de esos tráfugas que habían hecho el camino desde el comunismo a la revolución nacionalsindicalista, Manuel Mateo, un antiguo secretario de organización del PCE en Madrid que cambió las banderas rojas por el yugo y las flechas tras un viaje a la URSS en 1933²⁷.

No es esta sin embargo una historia de dirigentes, sino de prácticas políticas y su relación con el espacio urbano, por lo que analizaremos algunas estrategias desplegadas por los falangistas para disputar la hegemonía que sindicatos y partidos de izquierda disfrutaban en las calles de los suburbios. Dos fueron los tipos de acciones más repetidas por los jóvenes de camisa azul en Cuatro Caminos: labores de propaganda y venta de los semanarios fascistas y operaciones de entrismo sindical en los grandes tajos de la periferia controlados por UGT y CNT. Era una amalgama de prácticas políticas indisociables de la propia naturaleza física y social del extrarradio madrileño, y que casi siempre fueron acompañadas de grandes dosis de violencia en esa *democracia de la Star* que parecían ser las calles de la gran ciudad en los años treinta²⁸.

El 16 de marzo de 1933, en un clima presidido por el ascenso de Hitler al poder en Alemania, vio la luz *El Fascio*, semanario dirigido por Manuel Delgado Barreto. En él participaban algunas de las cabezas visibles del incipiente movimiento nacionalsindicalista español, como Ramiro Ledesma, José Antonio Primo de Rivera, Rafael Sánchez Mazas, Ernesto Giménez Caballero o Juan Aparicio. Los grupos que se reivindicaban fascistas en España entonces eran sumamente raquíuticos. Sin embargo, ante el temor a un contagio, la Dirección General de Seguridad ordenó la incautación de las

22. *La Conquista del Estado*, 23-5-1931.

23. Ferran GALLEGU, *Ramiro Ledesma Ramos y el fascismo español*, Madrid, Síntesis, 2005.

24. *JONS*, 8-1-1934.

25. Ramiro Ledesma abandonó la disciplina de Falange en enero de 1935.

26. *Arriba*, 6-2-1936.

27. Erik NORLING, *La Falange obrera*, Barcelona, Ediciones Nueva República, 2009; Steven FORTI, *El peso de la nación. Nicola Bombacci, Paul Marion y Óscar Pérez Solís en la Europa de entreguerras*, Santiago de Compostela, Publicacions da Cátedra Juana de Vega, 2014.

28. La expresión *democracia de la Star* hace referencia a la famosa pistola *Star* que portaban muchos militantes y activistas políticos en los años treinta.

planchas y ejemplares del primer y único número, que apenas llegó a pisar las calles²⁹. Solo una cantidad muy reducida de copias logró burlar la censura y el boicot declarado por los vendedores de periódicos. Pertrechados de los pocos ejemplares supervivientes, de manera significativa los propagandistas de *El Fascio* se dirigieron a la glorieta de Cuatro Caminos para vocear la nueva revista. Mas no les fue franqueada la entrada en las puertas de la ciudad obrera. Pronto los vendedores se vieron envueltos por un gentío de vecinos y transeúntes que terminaron arrebatándoles los números del semanario e hicieron con ellos una gran pira. Fue el primero de muchos intentos fallidos por difundir en los suburbios de Madrid las promesas de redención de un nacionalismo radical con ribetes sociales³⁰.

Acceder a las calles del suburbio no era un capricho para los jóvenes falangistas. La glorieta de Cuatro Caminos y sus adyacentes vías de Raimundo Fernández Villaverde y Pablo Iglesias (nombre dado durante el período republicano a la avenida de Reina Victoria) marcaban el limes físico, arquitectónico y simbólico entre el Madrid proletario, ayuno de servicios y caóticamente organizado y el Madrid nacido del plan de ensanche de la ciudad, cuidadosamente preparado por la burguesía de los negocios del XIX. Más allá de la estación de Metro de Cuatro Caminos se abría un espacio heterotópico en lo social y en lo cultural, un apetitoso caramelo para nuevas fuerzas recién llegadas a la arena política³¹.

Unos meses después de la constitución de Falange, en enero de 1934, las escuadras fascistas acudieron a Cuatro Caminos a repartir panfletos y octavillas. De nuevo, la reacción ante lo que muchos consideraban una provocación adquirió tintes violentos y los falangistas tuvieron que huir bajo una lluvia de piedras que dejó unos cuantos heridos³². Negándose a dar por perdida la batalla en sus primeras escaramuzas, los fascistas regresaron a Cuatro Caminos la siguiente semana dispuestos a pregonar su semanario, *F.E.* El saldo de aquella nueva visita recordaba a las anteriores: grupos comunistas disolvieron con piedras a los propagandistas y la policía detuvo a veinticinco jóvenes de distintas filiaciones³³. No es este el lugar para explicar el componente antropológico que las hogueras y los apedreamientos tenían para las clases populares de las barriadas periféricas, pero baste señalar que formaban parte del repertorio que a lo largo de los años se había acuñado en los suburbios para rechazar a la policía y los guardias del fielato, para protestar contra los tranvías que no se sumaban al paro en una jornada de huelga o para castigar a los vehículos que surcaban el barrio a gran velocidad ocasionando accidentes. Para señalar e identificar a aquellos que eran percibidos como extranjeros³⁴.

Los falangistas no cejaron en su empeño, y en los siguientes meses la prensa dio cuenta de un rosario de enfrentamientos que, de manera reveladora, tuvieron lugar en las calles anteriores a la glorieta de Cuatro Caminos, como Alenza, Maudes o María de

29. Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA, “La prensa carlista y falangista durante la Segunda República y la Guerra Civil (1931-1937)”, *El Argonauta Español*, 9 (2012)(<https://doi.org/10.4000/argonauta.819>).

30. *El Sol*, 17-3-1933.

31. El concepto de heterotopía en Michel FOUCAULT, “Of Other Spaces”, *Diacritics*, 16 (1986)(<https://doi.org/10.2307/464648>), pp. 22-27.

32. *La Tierra*, 3-1-1934.

33. *La Tierra*, 12-1-1934.

34. Carlos HERNÁNDEZ QUERO, “Cuerpos bajo el metal, piedras contra el tranvía. Tráfico rodado, cultura de barrio y conflicto en los suburbios del Madrid de entreguerras”, *Crisol*, 5 (2019), pp. 85-112.



Guzmán, calles humildes pero aún pertenecientes a la zona de ensanche. Los falangistas trataban de hacer propaganda en la barriada, pero eran expulsados antes incluso de llegar a ella. La defensa de la glorieta frente a aquellos elementos que eran considerados ajenos al barrio o a sus valores tenía significados bien concretos en la memoria colectiva del lugar. Así había sucedido, por ejemplo, durante las protestas obreras por el hundimiento del Tercer Depósito del Canal de Isabel II, en 1905, o durante las jornadas de huelga revolucionaria de 1917³⁵. En una y otra ocasión los vecinos se batieron contra la fuerza pública en un intento de impedir que la misma penetrara hacia el caserío y se hiciera con el control del suburbio. Para toda una generación de obreros nacidos en aquel espacio de desobediencia, la presencia falangista en las calles de la periferia era interpretada en términos de intolerable intromisión, más aún cuando su mensaje empezaba a encontrar adeptos en los Cuatro Caminos.

Suceso tras suceso, las señas personales de los falangistas heridos o detenidos que recogía la prensa dibujaban un perfil muy concreto: joven, estudiante, de clase media, habitante del ensanche. Sin embargo, últimamente habían empezado a aflorar nuevos rostros que complejizaban este *puzzle* social. En julio de 1934, por ejemplo, el joven de 14 años Cecilio Cumplido Manzanedo, vecino de Bravo Murillo 191, fue herido con pistolas y navajas cuando se dirigía a su trabajo después de haber adquirido el semanario *F.E.* a unos muchachos que lo voceaban por el barrio³⁶. Ese mismo mes, tras un registro en las oficinas de Falange con motivo de una reunión ilícita, la policía arrestó a 66 militantes. La mayoría de los detenidos tenía su domicilio en zonas de ensanche como Chamberí y Salamanca o en barrios interclasistas del casco antiguo de la ciudad, pero no faltaban los residentes en zonas mucho más degradadas y alejadas del centro, como Eduardo Gutiérrez Pola, un metalúrgico de 21 años con vivienda en Francos Rodríguez (Cuatro Caminos) o Ramón Cobeta Moreno, tipógrafo de 32 años que habitaba en la calle de la Igualdad de Tetuán. El caso de este último es particularmente interesante. Anarquista al menos hasta 1931, fichado por la DGS por coacciones a esquirols, enfrentamiento con la policía y posesión de explosivos, Ramón Cobeta cambió la revolución social por la nacional y admitía sin reservas (cosa que no hicieron algunos de sus camaradas) su filiación falangista ante el juez instructor de la causa por reunión clandestina de 1934³⁷.

El último ejemplo que utilizaremos para hablar de propaganda falangista entre los trabajadores tuvo lugar el 29 de agosto de 1934 y nos sirve, a su vez, para dar el salto al segundo tipo de acciones programadas por los fascistas madrileños en su intento de diseminar su mensaje entre las masas obreras, aquel relacionado con la práctica estrictamente sindical. Aquella tarde de verano, unos cuantos *camisas azules* apostados en la boca de Metro de Cuatro Caminos repartían hojas dirigidas a los parados. Las hojas llevaban la firma de la Central Obrera Nacional Sindicalista (CONS), asociada a Falange³⁸. La noticia corrió como la pólvora por la barriada y pronto más de veinte individuos del Radio Comunista de Cuatro Caminos acudieron dispuestos a expulsar a

35. Carlos HERNÁNDEZ QUERO y Rubén PALLOL TRIGUEROS, "Suburbios rebeldes. Fragmentación y desborde social en la huelga de 1917 en Madrid", *Historia Social*, 94 (2019), pp. 47-69.

36. *La Tierra*, 7-7-1934.

37. La causa judicial por la reunión ilícita de los falangistas en ARCHIVO HISTÓRICO NACIONAL, Audiencia Territorial Criminal, leg. 163, Exp. 3. El pasado anarquista de Cobeta, entre otros, en *El Heraldo de Madrid*, 28-9-1931.

38. Juan Antonio LLOPART (comp.), *La Central Obrera Nacional-Sindicalista. Textos de y sobre los primeros sindicatos falangistas (1934-1937)*, Tarragona, Fides, 2017.

los falangistas. Viéndose en total desventaja, estos emprendieron la huida hacia la zona de ensanche perseguidos por un grupo cada vez más numeroso de comunistas que amenazaban con lincharles. A la altura de la calle de María de Guzmán, cuando iba a ser alcanzado, uno de los fascistas efectuó un disparo sobre el grupo y cayó herido de muerte el joven de 27 años Joaquín de Grado. De Grado era miembro del Comité Central de la Unión de Juventudes Comunistas de España y uno de los tres jefes de grupo que el Partido Comunista tenía en Madrid. Paradójicamente, este escultor decorador del barrio tenía su vivienda en la calle de Francisco Salas 11, a solo dos manzanas de la casa que habitaba Ramiro Ledesma³⁹.

Más allá de las versiones contradictorias de aquel suceso y de que nunca pudiera hallarse al autor del disparo sobre Joaquín de Grado, el episodio es ilustrativo de la política sindical que los falangistas trataron de desarrollar en las zonas extremas de la ciudad, donde no solo se amontonaban los obreros sin trabajo, sino también los grandes tajos que surtían de empleo al proletariado de la capital, como los de la Ciudad Universitaria, el Hospital Clínico o los Nuevos Ministerios. Sabedores de que en Cuatro Caminos y Tetuán había un número imponente de parados forzosos e inmigrantes recién llegados en busca de colocación, los falangistas volcaron sobre estos sectores *desprotegidos* todos sus esfuerzos.

La UGT apenas prestaba atención a los sin trabajo, y los albañiles de la construcción de la CNT, comandados por Cipriano Mera, David Antona y otros dirigentes del suburbio, acudían a las obras donde no estaban contratados para ponerse a la labor y luego exigir el pago del jornal⁴⁰. La audaz táctica de los libertarios, sin embargo, con frecuencia terminaba en los calabozos de comisaría y con visitas mensuales al juzgado, por lo que no podía ser tomada como una solución permanente al paro estructural. Ante esta situación, la CONS, encabezada por un triunvirato de renegados de la izquierda, como eran los más arriba mencionados Nicasio Álvarez de Sotomayor y Manuel Mateo y el ex cenetista Francisco Guillén Salaya, optó por hacer valer ante los trabajadores los buenos contactos que la directiva de Falange guardaba con algunos patronos. Frente a las distintas estrategias de lucha de clases, el falangismo trataba de llegar hasta el tuétano mismo del sindicalismo madrileño apelando a la cooperación virtuosa entre empleados y empleadores. En ocasiones, algunos patronos deseosos de paz social en sus obras acordaban con Falange la incorporación de un séquito de trabajadores apuntados en la bolsa de empleo de la CONS. Pero otras veces, cuando los falangistas no lograban imponer su influencia, se sucedían las coacciones sobre los empresarios. Como cuenta María Silvia López Gallegos, primero se hacía un estudio de las obras existentes, después los falangistas escribían a sus gerentes “*aconsejando* contratar a los obreros” y finalmente se distribuían volantes entre los parados afiliados a la CONS para que se presentaran en las distintas obras y consiguieran se les diera empleo⁴¹.

Algo así debió de suceder el 3 de septiembre de 1934 en las obras de los Nuevos Ministerios, ubicadas a tiro de piedra de la glorieta de Cuatro Caminos. A las 8 de la

39. *La Libertad*, 31-8-1934 y AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de Madrid de 1930.

40. Luis DE LA CRUZ SALANOVA, “Mera, hombre de las afueras”, conferencia impartida en el ciclo *Los otros 1917*, organizado por el Grupo Taller de Historia Social, 2018. El autor está preparando una biografía de Cipriano Mera que aparecerá en 2020.

41. “El proyecto de sindicalismo falangista: de los sindicatos autónomos a la creación de las centrales obreras y de empresarios nacionalsindicalistas (1931-1938)”, en Ferran GALLEGU y Francisco MORENTE (eds.), *Fascismo en España*, Barcelona, Viejo Topo, 2005, p. 51.



mañana, un nutrido grupo de obreros ataviados con el mono de trabajo y los volantes suministrados por la CONS exigió a los patronos que “sin ningún género de excusas emplearan en sus trabajos a veinte cuadrillas de trabajadores y a quince peones sueltos”. Ante la negativa de los encargados, los falangistas produjeron un alboroto y entre gritos de “¡Viva el fascio!” trataron de penetrar en el interior de las obras. Entonces, a la negativa de los patronos se sumó el rechazo frontal de los trabajadores pertenecientes a UGT y CNT, que no consentían las imposiciones de los fascistas y afirmaban que nunca habría trabajo para quienes se dejaran “embaucar por sus enemigos de siempre”. Tras una acalorada discusión, el altercado se cerró con un tiroteo entre los grupos. Cuando la policía llegó, pudo detener a algunos de los causantes de los disturbios. De nuevo significativamente, dos de los tres obreros falangistas arrestados habitaban en el extrarradio, en este caso en Tetuán, al norte de Cuatro Caminos, en la parte más pobre del suburbio. Ante el revuelo que estos acontecimientos causaron en toda la ciudad, Falange sacó a las calles un manifiesto en el que se culpaba del paro a la patronal y a las organizaciones de clase y se fijaba como meta imponer “el trabajo para todos a costa de quien sea”. La comunidad nacional que ambicionaban los seguidores de José Antonio no entendía de fronteras sociales y eso pasaba por echar abajo los muros que separaban a los patronos y empresarios que residían en el Madrid burgués de los trabajadores que se agolpaban en ese otro Madrid que había crecido de espaldas a la ciudad oficial. Aunque algunos obreros se sumaron a su causa, para otros resultaba imposible borrar de un plumazo tantas experiencias de desigualdad y maltrato al otro lado de la frontera⁴².

80

Con estas y otras acciones, Falange trató de romper el cordón informativo que los partidos y sindicatos de izquierda habían impuesto sobre el máximo exponente del fascismo en España. El objeto de su estrategia política en los suburbios fue siempre llamar la atención en un ambiente manifiestamente hostil, en el que sus apariciones eran tomadas casi unánimemente como provocaciones. Para los militantes falangistas, el extrarradio era un campo de expansión, socialización, *conversión* y encuentro violento con los adversarios ideológicos. Un espacio en disputa donde exhibir músculo, fidelizar a inmigrantes pobres aún no afiliados a las organizaciones de clase y minar las bases de sus antagonistas políticos tratando de sustraerles apoyos. Pero también un escaparate con el que ganar prestigio entre los jóvenes más intrépidos de las formaciones conservadoras, aquellos que miraban aterrados la formidable fuerza proletaria que tomaba cuerpo en los muros mismos de la capital del Estado. No por casualidad, la revista satírica de extrema derecha *Gracia y Justicia* comentó en referencia al mitin de José Antonio y sus camaradas en el cine Europa: “No hay quien les achante. ¿Ven ustedes como no es tan fiero el león? Pero hay que meterse en la jaula para que se convenza de que no hay miedo”. La jaula, claro está, era ese suburbio que conformaban Cuatro Caminos y Tetuán y que en el siguiente apartado analizaremos en su condición de espacio en que las energías de la izquierda radical se desbordaban y ponían en apuros la hegemonía simbólica y cultural del socialismo hasta entonces allí dominante.

Un espacio de desborde. El auténtico pueblo contra los socialistas

Al margen de los choques con los camisas azules, ruidosos y alarmantes, pero a fin de cuentas minoritarios por la raquíta estructura falangista durante el período republicano, lo que verdaderamente distinguió al cinturón suburbano madrileño y lo

42. *La Libertad*, 4-9-1934.

convirtió en pista central de los acontecimientos políticos fue la extraordinaria pujanza que en él disfrutaban los anarcosindicalistas. Madrid era ciudad socialista. Lo era desde que en 1923 las listas del PSOE vencieran en las últimas elecciones de la Restauración⁴³, y lo era especialmente en los años treinta, cuando el socialismo madrileño alcanzó su punto máximo de ebullición gracias a viveros de apoyo como Cuatro Caminos y Tetuán. Pero una cosa era ser, de largo, el partido más votado en los suburbios y otra bien distinta gozar de una adhesión inquebrantable y sin fisuras en unos barrios que eran también cuna de la izquierda alternativa.

Hablar de anarcosindicalismo en el Madrid de los treinta era sinónimo de hablar de los suburbios. Fue en los centros de sociabilidad de Tetuán donde los albañiles libertarios consumaron la ruptura con UGT y dieron forma a lo que con el correr del tiempo sería el Sindicato Único de la Construcción⁴⁴. También era en el extrarradio norte donde los anarquistas tenían sus imprentas, la administración de sus periódicos, sus ateneos más combativos o la vivienda de buena parte de sus dirigentes y militantes más destacados. Y en buena lógica, allí fue donde su actividad fue más intensa. Podemos observar este fenómeno con las huelgas que la CNT sostuvo en el primer bienio republicano, cuando el PSOE controlaba la cartera de Trabajo y la UGT, dominante en la capital, lanzaba insistentes mensajes contra los paros laborales promovidos por los libertarios. En términos generales, aquellas primeras huelgas apenas resultaron dañinas para el tejido productivo de la ciudad, pero consiguieron paralizar prácticamente por completo la actividad en sus márgenes. La huelga general del ramo de la construcción de enero de 1932, por ejemplo, fue poco más o menos una huelga de los suburbios. En Cuatro Caminos, Tetuán o Vallecas, el paro fue casi absoluto. En esos mismos escenarios fue donde se produjeron los enfrentamientos con la fuerza pública, los heridos, los detenidos y los apedreamientos. Para cerrar el círculo, el comité director del movimiento fue arrestado en una casa de Cuatro Caminos⁴⁵. Un año después, la huelga anarquista de mayo de 1933 volvió a transcurrir en los lindes de la ciudad oficial. A lo largo y ancho de Cuatro Caminos y Tetuán se sucedieron los choques, los asaltos a comercios y las manifestaciones⁴⁶. La geografía de estos primeros conatos huelguísticos anarcosindicalistas era en realidad un calco de lo ocurrido en la huelga revolucionaria de 1917, rápidamente domesticada en el interior de la urbe y costosa y violentamente aplastada en su periferia. Años después, los suburbios seguían siendo la frontera de innovación y propagación de la lucha social. Con una sola diferencia: si en 1917 los socialistas se habían aupado al frente de la revuelta, las huelgas anarcosindicalistas eran, fundamentalmente, réplicas y desafíos al poder del socialismo madrileño.

Con todo, ni la fuerte implantación de la CNT ni el seguimiento de las huelgas anarcosindicalistas pueden explicarse exclusivamente por la mera acumulación de obreros o desempleados en estas barriadas. Los ejemplos utilizados son una muestra, un síntoma si se quiere, de un mar de fondo que tenía que ver, especialmente, con una manera de ser y comportarse en el espacio público forjada a fuego lento durante años. Nos aproximaremos a ese magma cultural con un caso que de nuevo nos lleva al patio de butacas del cinema *Europa*.

43. Santiago DE MIGUEL, "Madrid, ciudad socialista. Las claves del triunfo del PSOE en las elecciones generales de 1923", *Hispania Nova*, 17 (2019)(<https://doi.org/10.20318/hn.2019.4515>), pp. 1-48.

44. *La Libertad*, 29-7-1930 y 5-11-1930

45. *La Tierra*, 22-1-1932.

46. *La Libertad*, 10-5-1933.



La noche del 20 de octubre de 1933, el PSOE celebraba un gran mitin en el famoso coliseo de la calle Bravo Murillo. En el cartel figuraban Fernando de los Ríos, Trifón Gómez, Indalecio Prieto y Francisco Largo Caballero. Sin embargo, el encuentro de la flor y nata del socialismo español con los proletarios de Cuatro Caminos tuvo un toque mucho más amargo de lo que cupiera pensar a primera vista. Los socialistas estaban prevenidos. Sabían que Cuatro Caminos era una de sus plazas fuertes, pero también que allí había germinado una acerba crítica, por la izquierda, contra su obra de gobierno. Tal vez por eso quisieron hacer del acto un encuentro más íntimo y privado. *La Tierra*, altavoz oficioso de los libertarios y de las facciones más radicales y obreristas del republicanismo, dejó una crónica mordaz del mitin para sus lectores:

Por invitación, adoptándose todo género de precauciones, cerrando cuidadosamente las puertas del local –demostración fehaciente del miedo de los líderes al auténtico pueblo–, dio ayer comienzo, en el cinema Europa, la campaña electoral de los socialistas [...]. En la puerta, en los alrededores, en toda la calle de Bravo Murillo hasta la glorieta de Cuatro Caminos, se situaron fuertes retenes de guardias de Asalto y Seguridad. Las puertas del cine fueron cerradas herméticamente tan pronto penetraron los individuos invitados expresamente. Las juventudes socialistas, armadas con grandes porras de fresno, guardaban el orden dentro del teatro. Pero, a pesar de todo, la voz del pueblo se hizo oír [...]. A la entrada y a la salida del mitin, al cruzar rápido por las calles adyacentes en sus magníficos automóviles, cientos de voces les gritaron, con todo su desprecio, una frase: “¡Casas Viejas! ¡Casas Viejas!”. Los guardias hubieron de dar repetidas cargas para despejar los alrededores. Hubo pedradas, cristales rotos y tres heridos. Y los líderes, que salieron por una puerta lateral largo tiempo después de terminado el acto, huyeron a todo correr, temerosos de que las masas trabajadoras fueran tras ellos⁴⁷.

82

Aunque seguramente los anarquistas de la barriada tomaran parte en los desórdenes, o incluso los dirigieran, el tumulto tenía todas las trazas de la política popular que venía funcionando en los suburbios desde el momento mismo de su aparición, en las últimas décadas del siglo XIX. El desprecio absoluto hacia la política profesional que transcurre en lugares cerrados a espaldas de la ciudadanía, la irreverencia ante la policía, el señalamiento público del traidor a la comunidad o el castigo de la pérdida de confianza mediante un apedreamiento virtuoso y reparador, eran componentes habituales de las prácticas políticas de los vecinos del barrio. Se trataba de unos modos ya asentados en la política popular, nunca domesticados durante la Restauración, y que fueron hibridados y resignificados en la coctelera de las subculturas obreras del período de entreguerras. En los suburbios, muchos hacían responsable al PSOE de la represión del movimiento obrero y campesino, de la militarización del orden público y de la ley de jurados mixtos, tres rupturas unilaterales del contrato implícitamente sellado con el *auténtico pueblo* que le había ayudado a encaramarse al poder en 1931. Por ello, porque era una cuestión de confianza truncada, aquellos disturbios contra los líderes recordaban a los juicios populares contra los comerciantes usureros o los tahoneros especuladores. Si en el caso de los falangistas se trataba de un rechazo hacia sujetos percibidos como extraños o indeseables, con los socialistas la situación era bien distinta. Como esos tenderos y panaderos, los socialistas habían sido miembros respetados de la comunidad. Personas distinguidas que, sin embargo, habían defraudado las expectativas de los suyos al

47. *La Tierra*, 21-10-1933.

postergar la revolución y convertirse en unos *socialenchufistas* irreconocibles. En una cultura comunitaria, callejera y parcialmente ágrafa, la confianza recíproca lo era todo⁴⁸.

Cuatro Caminos y Tetuán encarnaban de manera sin igual las tensiones latentes en el seno de la izquierda. Por un lado, la participación en las instituciones y la apuesta por la transformación efectiva desde el Gobierno, sin prisa pero sin pausa. Por otro, el radicalismo callejero y maximalista que despreciaba a los políticos profesionales por charlatanes, reformistas, burócratas o embaucadores. Pero mientras este conflicto adoptaba tonos más suaves en otras zonas de la ciudad o del país, el riesgo de desborde parecía inminente en los suburbios. Un par de semanas más tarde, la escena de boicot se repitió en Tetuán. Rafael Henche y Margarita Nelken hablaban en el teatro Victoria y allí acudió también una comitiva de anarcosindicalistas de la barriada. Pese a que los socialistas cerraron las puertas al público que se congregaba amenazante a la entrada del recinto, algunos grupos lograron penetrar al interior, donde “se dedicaron a interrumpir a los oradores, prorrumpiendo en amenazas e imprecaciones”. Los insultos pronto dieron paso a la violencia, primero entre los rivales políticos, y luego con la Guardia de Asalto, que irrumpió en el salón para apaciguar a los contendientes⁴⁹.

Aquel otoño de campaña electoral los ánimos estaban especialmente caldeados. No obstante, los ataques contra los actos socialistas estaban a la orden del día desde hacía tiempo en el suburbio. En febrero de 1933, por ejemplo, con la sangre de los muertos de Casas Viejas aún fresca en la retina, los jóvenes anarquistas de Tetuán boicotearon hasta tres mítines socialistas. El 16 de febrero visitaba el teatro Victoria una de las figuras que más aversión generaba entre la izquierda alternativa, Manuel Cordero, héroe popular devenido villano por unos turbios asuntos relacionados con la gestión de las subsistencias durante su última etapa de concejal en el ayuntamiento de Madrid. La reacción no se hizo esperar. *La Tierra*, que no disimulaba su satisfacción con el sabotaje, lo narraba así:

Al salir al escenario Cordero y Acero se quedaron sorprendidos por el magnífico aspecto de la sala. ¿Sería posible que ellos despertaran todavía tanta expectación? Pronto salieron de dudas. Aquellos cientos de hombres que estaban allí no querían otra cosa que dar a los dos audaces socialfascistas una gran lección y demostrarles plenamente que ya no es posible seguir en el camino –para ellos hasta ahora tan fácil y cómodo– de las deslealtades y las traiciones al proletariado. Los gritos de indignación y de verdades que fueron lanzados a la cara de los dos enchufistas durante una hora bastan para señalar de forma patente las “simpatías” de estos diputados que se dicen del pueblo. ¡Ayer fue el pueblo el que les dio su merecido!⁵⁰

Impedir la celebración de un acto o injuriar a los oradores parecía una cuestión de honor para aquellos que se habían sentido políticamente ultrajados. Una defensa de la pureza. La pasión política de los treinta teñía con nuevos acentos y significados prácticas populares ideadas en un momento en que partidos y organizaciones sindicales tenían raíces mucho menos sólidas en el vecindario. A pesar de ello, el trasfondo antropológico del ritual de rechazo, si bien bañado por intransigencias doctrinales, seguía siendo esencialmente el mismo y era completamente funcional a la lucha política por el control

48. El concepto de *política popular* ha producido ríos de tinta en la historiografía anglosajona. Algunas de las contribuciones más importantes, de las que bebe este texto, son James VERNON, *Politics and the People. A Study on English Political Culture, c. 1815-1867*, Cambridge, CUP, 1993, y Jon LAWRENCE, *Speaking for the People. Language and Popular Politics in England, 1867-1914*, Cambridge, CUP 1998. En el artículo hablamos de política popular para hacer referencia a las formas políticas desreguladas, callejeras y urbanas mencionadas en el segundo apartado.

49. *ABC*, 7-11-1933.

50. *La Tierra*, 17-2-1933.



del barrio y sus calles que tenían entablada libertarios y socialistas. No es que el anarquismo fuera un mero remedo de la política popular de principios de siglo. Es que bajo un manto de sofisticación ideológica y hermandad universal bullía todo un mundo de referencias culturales comunes: la territorialidad barrial, la autoorganización, la acción directa sin aparente liderazgo, la protesta desenvuelta en la calle, la denuncia de los tacticismos, la valoración moral del adversario, la desconfianza hacia los representantes del Estado o la legitimación de la violencia punitiva. Seguramente fuera esta simbiosis cultural y no tanto una súbita socialización del evangelio anarquista entre los pobres y desocupados lo que permita entender por qué el movimiento libertario prendió tan bien en los suburbios y por qué estos espacios se convirtieron en la primera ola de un tsunami que desafiaba la hegemonía socialista sobre los trabajadores. Fue la combinación de las formas políticas populares con las ideas postliberales o antiliberales lo que hizo de los suburbios espacios potencialmente explosivos. Y probablemente fuera esa cercanía de estilos y experiencias entre la política popular de siempre y el universo libertario lo que llevara a *La Tierra* a confundir deliberadamente en sus noticias al pueblo con los anarquistas como si de una misma cosa se tratara. Tal vez para sus lectores no fuera ningún misterio desvelar la identidad política que se ocultaba tras el rótulo de *auténtico pueblo* o la etiqueta de *obreros honrados*⁵¹.

84

La hostilidad contra los socialistas alcanzó su punto álgido solo unos días después. Cordero y sus camaradas no estaban dispuestos a pasar por traidores ante el resto del proletariado, por lo que la agrupación socialista del barrio organizó un mitin de desagravio para el día 23, esta vez en el *Monumental Cinema*. El aspecto de las inmediaciones era impresionante. Fuera, a la entrada del cine, ocho camiones de la Guardia de Asalto escoltaban la llegada de Cordero entre los gritos de sus adversarios. Junto a ellos, numerosos efectivos de la Cruz Roja y los bomberos aguardaban preparados el devenir de los acontecimientos. Ya dentro del local volvieron a producirse los insultos y gritos de “asesinos” contra los oradores, formándose una verdadera batalla campal que requirió la intervención de la policía y que se saldó con numerosos heridos. Al término del acto centenares de obreros esperaban beligerantes la salida de los políticos socialistas, que tuvieron que ser protegidos y acompañados por los guardias en una imagen que a buen seguro reafirmó a los anarquistas en sus creencias antiautoritarias. Ya era noche cerrada, por lo que los militantes socialistas de la localidad se dispusieron a regresar a sus casas convencidos de que la protesta no iba con ellos, de que los odios y resentimientos solo tenían en el punto de mira a los grandes líderes. Esos que solo parecían ir a Tetuán en visitas relámpago y excursiones de ida y vuelta. Eusebio Parra, entonces concejal socialista en Tetuán, caminaba rumbo a su vivienda cuando “un grupo de diez sindicalistas se abalanzó sobre él agrediéndole con piedras y palos”. Tras darse a la fuga los agresores, el edil fue atendido de sus lesiones en la casa de socorro. Aquel ataque a

51. La disponibilidad de las formas callejeras, autónomas y tumultuosas y su hibridación en los treinta con los estilos y proclamas de las familias ideológicas revolucionarias ha de llevar a una matización general de la tesis de la progresiva sustitución de repertorios, clásica en la sociología de la acción colectiva. Según esta tesis, el repertorio tradicional-popular habría sido paulatinamente arrinconado por uno moderno-sofisticado. Del motín a la huelga. De la algarada desorganizada al partido de cuadros o al sindicato. Lo que descubrimos en nuestro análisis, sin embargo, es que tal permuta no existió en los suburbios madrileños y que lo que hubo fue una resignificación bajo nuevos criterios u objetivos de formas y prácticas ya consolidadas. La cultura (política) aparece así, no como un elemento estanco, sino como un ente en continua ebullición y transformación.

un concejal y conciudadano era un símbolo de hasta dónde podía llegar la cultura de la irreverencia contra aquellos que eran considerados enemigos del pueblo⁵².

En la comunidad barrial y política anhelada por los anarcosindicalistas no había cabida para medias tintas ni para promesas incumplidas. De unas y otras ya sabían mucho en unos suburbios abandonados por la administración durante décadas. Que los socialistas estuvieran ahora al frente de las instituciones no era motivo para que los vecinos más radicales dulcificaran su actitud ante las mismas. Al contrario. En la medida en que en el pasado socialistas y anarquistas habían podido estar en un mismo barco, la exigencia de igualdad de trato y de respeto a las demandas, deseos y estilos de vida de los don nadie de las afueras fue mayor que nunca. Muchos de los anarquistas anónimos que participaron en los *escraches* habían sido responsables de que el barrio saliera adelante merced a infinidad de prácticas solidarias y horizontales. Se sentían los dueños de la ciudad proletaria y, en consecuencia, se creían con la autoridad moral suficiente para discernir quién tenía derecho a pregonar sus ideas en su entorno de vida y quién no. Del mismo modo que antaño las elites de la Restauración habían ido a rebufo de las lógicas vecinales de producción del espacio suburbano, en los treinta, cuando más duramente arreciaba la crisis económica y el desempleo hacía estragos, los líderes socialistas se mostraron incapaces de domesticar los ánimos subversivos de una importantísima fracción de los obreros del extrarradio. Paradójicamente, quienes habían sido excluidos de la ciudad liberal buscaban la inclusión social de los más desfavorecidos tratando de levantar un ideal de comunidad que se caracterizaba, precisamente, por el destierro y la expulsión de una parte de sus conciudadanos.

Conclusiones

A la altura de los años treinta los suburbios habían dejado de ocupar una posición periférica en el esquema político de la ciudad. Lo que sucedía en sus calles y plazas era absolutamente central para las diferentes organizaciones que pugnaban por ser hegemónicas en la capital. Aquella importancia, sin embargo, no brotó de la nada. Durante décadas de olvido institucional y autoorganización vecinal los barrios de Cuatro Caminos y Tetuán se habían configurado como el principal baluarte de un Madrid antagonista y contestatario, regido por sus propias normas sociales, y alejado de los referentes culturales del liberalismo. Ese magma de política popular resulta imprescindible para comprender en toda complejidad la fuerza que socialistas, libertarios o falangistas disfrutaron en los suburbios en los años treinta. Entonces las formas y ritmos liberales sufrieron un descrédito sin parangón en todo el continente. En esa coyuntura los barrios periféricos, donde casi todo estaba aún por hacer, se revelaron como uno de los mejores campos de pruebas para los movimientos que aspiraban a construir desde cero una comunidad política postliberal o antiliberal. El artículo ha tratado de poner de manifiesto que los sueños y los prejuicios que inspiraron a dichos movimientos no fueron el resultado de un eficaz apostolado ideológico ni tampoco la consecuencia mecánica de alguna suerte de determinismo socioeconómico. Lo que muestra el análisis desde abajo, desde las prácticas y desde los conflictos de supuesta baja intensidad es que los hábitos políticos populares y los significados que la gente daba a los mismos se hibridaron y actualizaron al calor de las nuevas promesas de emancipación colectiva. Esta simbiosis



52. La narración de los sucesos en *La Tierra*, *La Libertad* y *El Socialista* de 24-2-1933.

cultural acentuó la naturaleza singular y distintiva de los suburbios y modificó también las estrategias de unos partidos y sindicatos que no operaban en el vacío.